

Tirar p' delante

Las plepas de la vejez, insistentes, no entierran la capacidad de agradecer y no detenerse

LA RAMPA
TITO CONESA



Desde niño, la idea de la vejez me acompaña. Hoy, puedo asegurar y aseguro que soy viejo. Sin eufemismos. Viejo. Desde que supe que todos tendríamos que morir algún día –me dejó huella– el paso del tiempo dejó de ser algo abstracto.

No he sido el único en sentir ese vértigo. Jorge Manrique ya escribió aquello de que «nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar». Y siglos después, Simone de Beauvoir abordó la vejez no como un asunto biológico, sino como una construcción social que a menudo arrincona al individuo.

Hoy, ya en esa etapa que antes veía lejana, convivo con lo inevitable: el deterioro paulatino de la salud. Las plepas, cada vez más numerosas, me lo recuerdan a diario. Sin embargo, mi cabeza insiste en mantenerse optimista, como si se negara a aceptar del todo lo que el cuerpo evidencia. Algo parecido le ocurría al protagonista de 'El viejo y el mar', que, pese al desgaste físico, se aferraba a la dignidad de seguir luchando.

Al reencontrarme con antiguos compañeros, muchos me saludan llamándome «maestro». Un título que, en apariencia, honra, pero que a menudo funciona como una sutil frontera: una forma elegante de situar al viejo en un lugar desde el que ya no se espera acción, sino contemplación. No es muy distinto de lo que denunciaba Miguel Delibes en sus retratos de la España rural, donde el anciano era respetado, sí, pero también silenciado.

Frente a eso, me aferro a otra mirada. Me reconozco en la idea de vivir estos años como una prórroga valiosa, casi inesperada, que merece ser disfrutada. Es cierto que las dolencias están ahí, insistentes. Pero también lo está la capacidad de agradecer, de seguir adelante, de no detenerse. Quizá ese sea el verdadero desafío del envejecimiento: no tanto evitar el desgaste –que es imposible– como resistirse a la renuncia. Como defendía el filósofo Viktor Frankl, incluso en las circunstancias más adversas, el ser humano conserva la libertad de encontrar sentido.

Por eso, si algo quisiera compartir con quienes atraviesan esta misma etapa es una invitación sencilla: no detenerse. Seguir caminando, aunque sea más despacio. Seguir pensando, sintiendo, participando. Seguir, en definitiva, viviendo.

NADA ES LO QUE PARECE

Periodistas y escritores

JOSÉ BELMONTE

Reverte no fue el primero en romper esa línea de fuego, pero sí se ha convertido en el caso más paradigmático, en un ejemplo para tantos otros



Al principio, el gremio los trataba como a verdaderos impostores, como si fueran auténticos advenedizos, que es la palabra más exacta en estos casos. Uno de esos periodistas que sufrió en sus propias carnes, si no el rechazo, sí la indiferencia del resto de escritores, fue Arturo Pérez-Reverte, aunque, ya por entonces, en los años ochenta, cuando había participado como reportero en unas cuantas guerras, sabía defenderse por sí mismo: «yo cazo solo», suele decir con frecuencia. De su primera novela, 'El húsar', que sigue siendo una delicia de relato, con un cierto tono romántico que lo hace mucho más encantador, apenas se llegó a redactar una única y mínima reseña en una revista literaria en la que el crítico de turno firmó sólo con sus iniciales.

Reverte no fue el primero en romper esa línea de fuego, esa infranqueable barrera que vetaba a los profesionales del periodismo el acceso al mundo de la creación literaria; pero sí se ha convertido en el caso más paradigmático, en un ejemplo para tantos otros que también probaron suerte. Con el tiempo, la excepción se ha producido en aquellos periodistas que no publican novelas. ¿Cómo es posible que, con tanta fama, siendo un personaje que sale con frecuencia la tele o en la radio, no se haya aventurado en estas lides que también suelen dar dinero, y, sobre todo, prestigio? Los ejemplos son innumerables: ahí están Juan del Val, con una obra que es un auténtico bodrio, y Sonsoles Ónega, ambos ganadores del poco prestigioso Planeta, cuyo relato no resiste una lectura medianamente seria.

Pero, al mismo tiempo, han ido surgiendo nombres de periodistas cuyas obras tienen muy poco que envidiar a las de los 'profesionales', esa gente que, con absoluta dignidad, vive de la literatura, a la que le dedica sus buenas ocho horas al día, como si fuera un jornalero, mientras piensa, investiga, redacta y, luego, corrige hasta pulir su trabajo, antes de darlo a la imprenta y hacerlo público sin tener que sonrojarse.

El diario LA VERDAD, de cuyo prestigio literario no haría falta hablar si nos atenemos a sus conocidos suplementos culturales, en donde participó lo más granado de nuestro país, pero, sobre todo, los hombres de la Generación del 27, ha aportado a la Literatura nombres ilustres que han dado crédito y celebridad a este periódico centenario. Personajes como don José Ballester, autor de una de las mejores novelas murcianas del siglo XX,



EP

'Otoño en la ciudad', Antonio Crespo, Pepe García Martínez, Donaciano García, Antonio Arco, Gontzal Díez, Miguel Ángel Ruiz o Arturo Andreu. Todos ellos, cada uno a su manera, con su diferente estilo, autores de flamantes obras de una incuestionable calidad.

Fuera del ámbito murciano, el ejemplo más clamoroso y reciente de un periodista que ha sido capaz de brillar en ambas facetas, tanto en el periodismo como en el mundo de la novela, es el de Jesús Gallego, que ejerce su oficio en la sección de deportes de una conocida emisora de radio de ámbito nacional. Nos sorprendió, no hace tanto, con 'Herencia', una novela ambientada en Madrid en esos inquietantes días en los que acababa de morir Franco, y ha vuelto a las andadas, con igual acierto, con una prosa impecable y con un verdadero alarde de recursos técnicos y lingüísticos, tirando de su experiencia periodística, con ese otro relato titulado 'Náufragos del cielo', en donde, con pelos y señales, con no poca sensibilidad por tratarse de un tema tan escabroso y delicado, cuyas heridas aún no han cicatrizado del todo, nos cuenta la tragedia del vuelo del Avianca 011 que se accidentó en Madrid a finales de 1983, en plena 'Movida', cuando aún celebrábamos la recién estrenada democracia.

El periodista, conviene decirlo, juega siempre con ventaja: si en su mochila figuran las lecturas indispensables y él conoce bien el terreno que pisa, su obra se verá favorecida por esa agilidad, esa fuerza, esa energía y esa frescura que se percibe en la urgente escritura de un diario o en la voz improvisada de la radio y de la televisión de cada día.

CARTAS AL DIRECTOR

Cartagena y su nueva señalización turística

Poner en valor una ciudad de 3.000 años de historia es de vital importancia. Me alegra como cartagenero la noticia reciente en este diario que nuestro Ayuntamiento planifica una renovación de la señalización turística. El proyecto ya está en redacción e intentaré poner mi granito de arena en este tema.

Creo que somos conscientes de que más del 80% del turismo que entra a nuestra ciudad lo hace por mar. Por ello veo imprescindible trabajar mano a mano con la Autoridad Portuaria y Ayuntamiento. En la actualidad se está remodelando la zona portuaria, por lo que deberían trabajar conjuntamente y ser coincidentes ambos en las nuevas señalizaciones y cartelería.

Nadie discute que Cartagena es referencia mundial en arqueología, con el Teatro Romano, el Anfiteatro, la Muralla Púnica...

Pocas ciudades europeas lo tienen, como también poner en valor nuestros bellos edificios modernistas, que hacen de la ciudad milenaria nuestra mejor carta de presentación y, por todo ello, soy de los que opinan que deberíamos hacer un esfuerzo mejorable y más cercano en beneficio del turista extranjero que nos visita, poniéndole en valor nuestra gran ciudad facilitando a pie de calle indicaciones por todos reconocidas.

Les pondré un pequeño ejemplo. Visité la ciudad de León, que es más pequeña que Cartagena, y por sus calles peatonales hay huellas de bronce en el suelo de una sandalia romana que marcan la dirección hacia los restos romanos de la ciudad. Fue su mejor carta de referencia para los visitantes para poder llegar. Nuestra guía nos indicaba en el suelo perfectamente la ruta a seguir. Como ustedes comprenderán, dichas huellas en bronce no sufrirán a lo largo de los años ningún tipo de deterioro en el tiempo. Por el con-

trario, la cartelería si lo sufrirá, como ya hemos visto ejemplos de ello en nuestra ciudad.

Sería aconsejable que todos nuestros guías tuvieran un punto de partida en sus primeras explicaciones a los turistas. La mejor forma sería tener todas las huellas de bronce en el suelo en paralelo indicando cada una de ellas su significado (dibujos entendibles), siendo el mejor punto de partida el puerto, pasado el poste de la bandera de España, cruzamos el paso de cebrá señalizado y a escasos 50 metros en la avenida más ancha de la ciudad encontramos dichas huellas de bronce en el suelo.

Partiríamos de la primera huella, con el dibujo del Teatro Romano, nuestro buque insignia, mejorado en su señalización (no solo museo) el camino de las huellas de bronce por nuestras calles peatonales a la distancia que se considere prudente, lo que hará más segura la ruta, sobre todo para el turista despiestado que seguirá las huellas de bronce que